

Reseñas

Vivian Nutton, ed. *Pestilential complexities: Understanding medieval plague*.

London: The Wellcome Trust Centre for the History of Medicine at UCL [Medical History, Supplement nº 27]; 2008, 130 p. ISBN-10: 0-85484-116-4; ISBN-13: 978-0-85484-116-5.

Hasta el siglo XIX las historias de peste tuvieron un peso importante en la práctica médica ante las distintas crisis epidémicas a las que se venía enfrentando Europa desde el otoño de 1347. Los tratados de peste y también las crónicas sobre la misma, reflejaban y articulaban de manera eficaz modelos explicativos, diagnósticos, preventivos y terapéuticos con los que enfrentarse a la enfermedad desde experiencias pasadas de la misma. A partir de la descripción de la peste en 1894 desde presupuestos microbiológicos, es la historia la que se infecta de medicina, releyéndose retrospectivamente las historias de peste desde el bacilo gram-negativo como eje definidor de las mismas. Durante casi cien años, hubo consenso entre los investigadores en aceptar que la peste que desde Messina afectó a Europa en el siglo XIV, era idéntica a la que Shibasaburo Kitasato y Alexandre Yersin habían puesto bajo el microscopio en Hong Kong. Sin embargo, desde mediados de los años ochenta del siglo XX, algunas voces comenzaron a disentir sobre esta identificación y tanto desde la historia como desde las ciencias de la vida, se plantearon otros candidatos posibles como agentes causales de la gran mortandad europea medieval. El libro *Pestilential Complexities* es el resultado de una conferencia que tuvo lugar en 2006 (Londres, Wellcome Trust Centre for the History of Medicine at UCL) con el objetivo de reflexionar sobre las bases materiales e interpretativas que sostienen las posturas de quienes apoyan la candidatura de la *Yersinia pestis* como agente causal de la peste medieval y la de quienes apuestan por otras opciones. La disensión surge, como apunta Vivian Nutton en la introducción que abre el volumen, ante el distinto patrón epidemiológico de la Peste Negra y el de la que en el siglo XIX afectó a China y a la India. La morbilidad era distinta, así como su mortalidad, su velocidad de propagación, su contagiosidad, la inmunidad adquirida y posiblemente también su vector de transmisión. ¿Cómo, entonces, se puede sostener que ambas epidemias están causadas por el mismo agente?

Después de un repaso general a la historiografía sobre la peste, Nutton presenta los principales problemas expuestos en la conferencia del 2006, las posturas de los distintos autores invitados a participar y las principales conclusiones y resultados de la discusión. Si de un acercamiento multidisciplinar sobre el tema podría esperarse una convergencia de posturas o al menos, un acercamiento de las mismas, el resultado de la reunión, a juzgar por lo contenido en el libro, no puede ser más decepcionante. Cada uno de los autores permanece en sus tesis inmune a cualquier opción alternativa. Es cierto que los trabajos de arqueología biomolecular se han presentado, en ocasiones, como capaces de cerrar con sus resultados la polémica; pero, los resultados aportados por los estudios de ADN son escasos y muy discutidos. El capítulo de Daniel Antoine aborda este tema. De forma muy didáctica analiza los problemas en la interpretación y uso de las pruebas arqueológicas en la discusión sobre la etiología de la peste medieval. Se centra en las conclusiones derivadas de los estudios realizados sobre los enterramientos de apestados en East Smithfield (Londres) que tuvieron lugar entre 1348 y 1349, aunque sustenta su reflexión en un contexto más amplio que recoge estudios arqueológicos sobre, incluso, escenarios de la llamada peste de Justiniano (541-c.750). Antoine pone de relieve que las evidencias científicas actuales proporcionadas por la arqueología son muy escasas en prácticamente cada uno de los posibles escenarios a estudiar, desde la zooarqueología de roedores e invertebrados a los estudios sobre las fosas de enterramiento de apestados. El análisis de los resultados de la investigación biomolecular sobre los esqueletos no queda mejor parado, siendo especialmente crítico con la metodología utilizada por los estudios que han intentado rastrear el ADN de la *Yersinia pestis* en los esqueletos (fundamentalmente en la pulpa dental). Si los estudios de ADN parece que no aportan datos definitivos para quienes apoyan la continuidad ni para quienes defienden la discontinuidad entre la peste medieval y la moderna, los conocimientos médicos actuales sobre el patrón epidemiológico y clínico de la peste en el mundo, tampoco lo harían, al ser el patrón actual de una enorme variabilidad. Elisabeth Carniel, investigadora del Instituto Pasteur, contribuye al volumen con un panorama general sobre lo que la investigación biomédica conoce hoy día sobre la peste, para concluir que: «Although we cannot prove anything one way or the other, it should be emphasized that it is not possible to reject the plague aetiology of the Black Death simply because certain symptoms and epidemiological features do not match those found today» (p. 122).

Pero, va a ser precisamente sobre estas diferencias epidemiológicas y clínicas, sobre las que el resto de los autores se apoyan para defender una postura u otra sin que, paradójicamente, las reflexiones expuestas por los otros participantes que acabo de citar hayan servido para modificarlas. Lars Walløe defensor de la continuidad etiológica de la peste de Hong Kong y la peste medieval, ignora las críticas a la arqueología molecular expuestas por Antoine y espera del análisis molecular la resolución de la disputa (p. 68). Samuel Cohn, por su parte, defensor de las tesis opuestas, sigue insistiendo, como

principal argumento en contra, en las diferencias epidemiológicas y ecológicas de la tercera pandemia con respecto a las dos anteriores, sin tener en cuenta las precisiones de Carniel. Ambas contribuciones son, en cualquier caso, muy cuidadosas en el análisis de las fuentes y se agradece la claridad en la exposición de sus tesis que desmontan uno por uno los argumentos contrarios. Menos clara resulta la idea que guía el trabajo de Ann Carmichael sobre el lenguaje de la peste que encuentra en relatos contemporáneos y tratados de peste. El análisis de más de setenta tratados de peste compuestos en latín entre 1360 y 1500 y de un estudio de caso (la peste de Milán entre 1452 y 1522), lleva a esta autora a revalorizar la sintomatología clínica, en especial, la presencia de bubones como el signo patognomónico de peste en el mundo medieval y como argumento para apoyar la etiología de la *Yersinia pestis* para esta pandemia. Sugerente, pero claramente no desarrollada para el caso particular de la peste, resulta la breve contribución de Kay Peter Jankrift que invita a reflexionar críticamente sobre las fuentes y llama la atención sobre la necesidad de hacer estudios regionales comparados para una historia de las enfermedades epidémicas.

El volumen se acompaña de un índice detallado; pero, donde, por esos juegos del inconsciente, falta la entrada correspondiente a ¡Alexandre Yersin!

Vivian Nutton, editor de la monografía, aclaraba en la introducción que el objetivo de este volumen no era fijar una solución sobre la identidad de la epidemia que conocemos como Peste Negra y las magras conclusiones de la discusión confirman la dificultad en llegar a puntos de convergencia, salvo aquellos que señalan la dificultad de la tarea. Imaginemos, sin embargo, que en un futuro próximo se llega a una solución, a favor o en contra. ¿Qué novedosas preguntas de relevancia historiográfica nos plantearíamos en este nuevo escenario? Pienso que ninguna. ■

Fernando Salmón, Universidad de Cantabria

Serge Gruzinski. Les quatre parties du monde. Histoire d'une mondialisation.

Paris: Éditions de la Martinière, Seuil (collection «Points», H358); 2004, 556 p. [Edición ilustrada: Éditions de la Martinière; 2004, 480 p. ISBN 9782846751049, € 35].

Serge Gruzinski suele hacer libros con una estructura especial, donde un prólogo o un epílogo transportan a sus lectores a los momentos de inspiración que la actualidad más inmediata ofreció al autor para fraguar la escritura de cada libro. Lo hizo años atrás en *La guerra de las imágenes* (1990), donde el mundo de Cristóbal Colón en 1492 se relacionaba con el de *Blade Runner* en un —cada vez más cercano— año 2019. Volvió